

JUAN CARAMUEL EN EL PANORAMA CULTURAL EUROPEO DEL SIGLO XVII

Hace unos años excitó mi curiosidad una afirmación de Menéndez Pelayo según la cual Caramuel es «uno de esos portentos de sabiduría y de fecundidad que abruman y confunden el pobre entendimiento humano». Añadía Menéndez Pelayo que en la *Mathesis Audax* se había propuesto Caramuel resolver, mediante números y líneas, aritmética y geométricamente, las cuestiones más candentes en Lógica, Física y Teología.

Desde entonces vengo averiguando quién era ese «portento de sabiduría» y cómo resolvía audazmente, «more geometrico», las cuestiones lógicas, físicas y teológicas. Con esas averiguaciones intentaré ofrecer aquí un esbozo de la figura de Caramuel, intentando situarla, como se me ha pedido, en el panorama cultural europeo del siglo xvii.

Juan Caramuel de Lobkowitz nace en Madrid, en 1606; se educa en el ambiente cortesano —sus padres, oriundos de Luxemburgo, habían entrado al servicio de los Austrias españoles—, y comienza a descollar muy pronto como niño prodigio. Estudia Humanidades en Alcalá; ingresa en la Orden cisterciense, haciendo su profesión de fe en el Real Monasterio de la Espina (Valladolid); allí encontró a un fraile, hermano de orden, por quien sintió gran admiración: Pedro de Ureña, «uno de los mayores ingenios que ha conocido nuestra edad»; de él aprovecha Caramuel varias investigaciones científicas: En Música, la reforma del canto gregoriano; reforma que Caramuel difundió, luego, por Europa. En Astronomía, ideación de un método para medir la longitud siguiendo los movimientos de la Luna; método que adoptó Caramuel en su proyecto de resolución al problema de la longitud en el mar presentado al Consejo de Indias. En este certamen, propuesto por la monarquía española con un premio de 6.000 ducados de renta perpetua más 2.000 de renta vitalicia, participó Caramuel al lado de los mejores matemáticos y cosmógrafos europeos: Arias de Loyola, Fonseca Coutiño, Juan Bautista Morín, Florencio van Langren, Galileo Galilei, Cristóbal Borri, etcétera. Y su método (mediante la observación de los movimientos lunares) condujo a resultados positivos, relegando el alternativo (a través del uso de la aguja magnética) al olvido, pese a los esmerados y múltiples experimentos; tantos, que ya Cervantes en el *Coloquio de los perros* aludía a las constantes preocupaciones de los matemáticos por encontrar el punto fijo.

De La Espina pasa Caramuel al monasterio, también cisterciense,